

mente despejado de modo que desde un extremo se ve sin ningún obstáculo el otro, pues aun cuando en las paredes de los lados se ven señales de los compartimientos destinados á las distintas familias que en la casa habitan, esto no dificulta en nada la visualidad porque tales separaciones consisten las más de las veces en pequeños tabiques de tablas que descienden desde la pared al centro de la vivienda. De ser estos tabiques algo más completos podría compararse una de estas casas con una larga cuadra de caballos con sus compartimientos á ambos lados y un ancho pasadizo en el centro. Sólo en las casas de los ricos encontramos pavimentos de madera. En el centro de la vivienda hay un lugar cuadrado que en las casas de los haidahes aparece de tal suerte ahondado que para las asambleas y danzas puede ser utilizado como el escenario de un anfiteatro: sobre él levántase un armatoste sostenido por estacas que sirve para ahumar peces, para secar, etc. Como el fuego se enciende únicamente con ramas muertas ó á lo sumo con troncos cortados cuyo humo es muy denso y como el fuego es constante, la atmósfera en el interior de estas cabañas es irrespirable y explica la frecuencia de enfermedades de la vista. El elemento artístico está representado por estacas *tolems* labradas puestas entre y delante de las casas, por esculturas que adornan el interior de éstas y por sepulcros de gusto barroco. En el tercer viaje de Cook se describe en los siguientes términos una aldea del estrecho de Nutka: «La aldea está situada en una colina bastante escarpada que asciende desde la playa hasta el borde de la selva: en este espacio intermedio están emplazadas las casas formando tres filas, las grandes delante y detrás las pequeñas; además, hay en ambos extremos de la aldea algunas viviendas diseminadas. Entre casa y casa de cada hilera hay un estrecho pasillo ó callejón por el que se sube á la colina: las calles que se extienden entre las hileras de casas son de desigual anchura. Esta disposición tiene ciertos visos de regularidad, pero las casas son de construcción irregular, de suerte que la masa de edificios cortada por dos senderos puede consistir lo mismo en una sola que en varias viviendas, pues ni por fuera ni por dentro se ven compartimientos por los cuales pueda establecerse una separación. Estos edificios están contruídos con tablas largas y anchas superpuestas por sus aristas y atadas con cortezas de pino; además hay de trecho en trecho algunas estacas ó postes delgados á los que van adheridas también aquéllas. En el interior hay grandes estacas clavadas oblicuamente. La pared delantera de la casa es de unos 2 metros de altura; la trasera es algo más alta, de modo que las tablas que forman el techo aparecen inclinadas hacia delante: las tablas del techo no están unidas, de suerte que cuando llueve pueden juntarse y cuando el tiempo es bueno separarse dejando entre sí espacios por donde penetre la luz y salga el humo. Puerta propiamente dicha no la hay en las casas sino que se entra y se sale por un agujero resultante de una tabla corta que no llega al suelo ó de la mayor separación entre dos tablas. En las paredes hay abiertos agujeros ó ventanas delante de las cuales cuelgan pedacitos de esteras para impedir que la lluvia se cuele en la casa: dichas ventanas son irregulares así en su forma como en su colocación.» En las comarcas meridionales del territorio haidah hay casas contruídas sobre estacas que se levantan á 8 y 9 metros al nivel del suelo: Vancouver vió una de éstas que tenía 35 varas de largo por 15 de ancho y que estaba dividida en tres compartimientos, cada uno con su entrada especial consistente en un tronco de árbol con muescas á modo de escalones.

Las fachadas de las casas de los nutkas y de los haidahes

están á menudo adornadas con pinturas de animales y hombres fantásticos así por sus dimensiones como por sus posiciones y delante de ellas se alza una estaca esculpida, que á veces alcanza una altura de 20 metros y cuyo extremo superior está formado por una imagen totem á manera de blasón: las puertas de entrada semejan, á veces, fauces de monstruos. La porquería de las viviendas característica de las regiones boreales es uno de los indicios de afinidad de estos pueblos con los hiperbóreos: «grande es el desorden que en estas casas se nota, pero mayores, si cabe, son la inmundicia y la fetidez que en las mismas se observa» (Cook).

Los habitantes no sólo secan los peces dentro de las casas sino que en ellas los limpian sacándoles las tripas y dejándolas en el suelo, en donde se amontonan, además, las espinas y otros restos de sus comidas: esta basura no se quita hasta que el montón llega á adquirir tales proporciones que se hace imposible andar por el interior de la cabaña. «En una palabra, las casas de estas gentes son tan sucias como pjaras de cerdos.»

El ajuar consiste principalmente en una porción de cofres y cajas de todos tamaños amontonados junto á las paredes que contienen todos los vestidos, pieles, máscaras y todo cuanto tiene á sus ojos algún valor. Estas cajas están á menudo pintadas de negro y adornadas con dientes de animales de toda clase ó con un friso labrado y con dibujos representando pájaros y bestias. Hay, además, en las casas cubos para agua cuadrangulares y también prolongados, escudillas y fuentes de madera redondas, artesas de madera pequeñas, planas y de  $\frac{1}{2}$  metro de largo en las cuales se come y finalmente cestas de ramitas entrelazadas y bolsas de estera. Sus avíos de pesca están colocados sin orden alguno por toda la casa. Sólo quedan exceptuados de este desorden general los bancos para dormir, en los cuales no se ven más que esteras de labor más fina que las que sirven para las embarcaciones: estos bancos son también más limpios que los otros objetos.

Las canoas son de construcción en extremo sencilla: viniendo del Norte, el primer pueblo que tiene canoas de madera es el de los thlinkites; las mayores, que pueden contener 20 y más hombres, están vaciadas, incluso los accesorios, en un solo tronco, habiéndolas que tienen hasta 12 metros de longitud. La mayor parte de ellas carecen de adornos pero algunas ostentan esculturas; la proa presenta, á veces, un apéndice en forma de pico monstruoso que tiene pintada la figura de un animal. La canoa es ligera y flota con mucha seguridad sin necesidad de batanga, porque es ancha y plana y está contruída más para navegar por ríos poco profundos que para surcar los mares, razón por la cual no sirve para las travesías largas. Esta falta de batanga diferencia estas embarcaciones de las de los malayos é isleños del Pacífico. Los remos son pequeños y ligeros, puntiagudos y muy anchos en el centro. Los thlinkites y los haidahes desconocían por completo las velas antes de la llegada de los europeos, pero gracias á su mucha práctica habían alcanzado alto grado de habilidad en la navegación por medio de los simples remos, hasta el punto de que Bendel refiere que un bote haidah venció en una regata á la mejor lancha del buque de guerra americano *Saranak*.

Gran actividad mercantil han demostrado los tschinukes favorecidos por el emplazamiento de sus residencias junto al río Colombia, por cuyos valles avanzan anualmente hasta el Dalles para cambiar allí con las tribus del interior sus pescados, aceites, conchas y raíces de wapato. Entre los thlinkites figuran como más activos comerciantes los tschil-

kates cuyas relaciones mercantiles se extienden actualmente hasta el territorio de Yukón. Pero de todos estos pueblos, los más productores eran los haidahes que poseían en gran abundancia dos artículos muy codiciados, á saber: las pieles de lutria y las esculturas cinceladas en una piedra esquistosa blanda, fina y negra (véase el grabado de la página 81): las canoas de este pueblo se dirigen hacia el Norte. Los habitantes de la isla de la Reina Carlota han cultivado desde muy antiguo las patatas pudiendo, gracias á sus cuidados, proveer con sus sobrantes á las tribus del continente: hace 30 años estaban dedicadas á este tráfico de 40 á 50 canoas. Como artículos de cambio empleábase antiguamente las pieles de lutria sustituidas hoy por las mantas y planchas de cobre de Alaska. Las mujeres son generalmente las que llevan las cargas valiéndose para ello de una faja atravesada en la frente.

Las tribus del Noroeste viven principalmente de la pesca. Aun cuando precisamente los thlinkites, excepción hecha únicamente de los jakutates, tienen una invencible repulsión de carácter positivamente religioso hacia el mayor de los animales marinos, la ballena, y aunque tampoco la atacan los tschinukes al paso que la pesca de este mamífero con arpones de puntiagudas conchas y pieles de foca llenas de aire constituye la principal diversión de los nutkas reservada á los hombres más eminentes de cada tribu, quedánles, sin embargo, á aquéllos animales marinos suficientes para que no tengan que apelar al reino vegetal más que para «buscar algunas raíces, hierbas y bayas como gulosinas de verano» según dice Holmberg. La pesca les proporciona exclusivamente las provisiones de invierno, siendo de incumbencia de los hombres el coger los peces y de las mujeres el prepararlos para conservar el botín. La gran importancia de la pesca hace que los instrumentos que para la misma se emplean sean muchos, muy variados y perfectamente confeccionados. Además de las formas de redes conocidas, de los anzuelos de madera y hueso, de los arpones y de los dardos, poseen estos pueblos un instrumento de la forma de un remo, de unos 6 metros de largo por 10 ó 15 centímetros de ancho y un centímetro de grueso. Los cantos de los lados están provistos en dos terceras partes de su longitud de huesos dentados que sobresalen unos 5 centímetros: el resto sirve de mango. Con este instrumento se pescan arenques, sardinas y otros peces pequeños que corren á bandadas, para lo cual se golpea con él en medio del grupo y los peces quedan clavados en los dientes ó en los espacios que éstos dejan entre sí.

La corteza, los fucos y los tendones son los materiales empleados para los sedales; las ortigas y el lino silvestre, al parecer del Fraser River, para las redes. Las focas, que á veces son perseguidas por hombres disfrazados de tales, son generalmente pescadas á flechazos. Los pescados no sólo se comen frescos, cuando la estación es á propósito para ello, sino que secados ó ahumados y embalados con esteras sirven también de provisiones de reserva: los arenques proporcionan asimismo con sus abundantes huevas un alimento estimado por los nutkas, que las preparan colocándolas ó fijándolas al rededor de pequeñas ramas de pinos canadenses. Este caviar se guarda en cestas ó bolsas de estera y se moja en agua antes de comerse. A los pescados que no se guardan secos, especialmente á una especie de esperinque, se les quita la grasa por la acción del calor. Para cocer los pescados se valen los thlinkites de unas canoas medio sepultadas en la arena, calentándose el agua en ellas contenida por medio de piedras enrojecidas al fuego.

La agricultura era cosa en un principio desconocida de

estos pueblos. Dunn (1844) es el primero que nos habla de que junto á las casas de los haidahes se extendía generalmente un campo de patatas; Krause hace recientemente una manifestación análoga hablando de los thlinkites, pero en ambos casos se trata, al parecer, de un cultivo de escasa importancia.

La preparación de los manjares hacíase antiguamente casi siempre ó bien echando piedras calentadas al rojo en artesas de madera ó en agujeros practicados en el suelo ó bien colocando los manjares sobre piedras ardientes, rociándolos con agua y tapándolos cuidadosamente con esteras: Jacobsen vió en Knight's Inlet (isla de Vancouver) emplear como puchero el gran tambor de madera de las fiestas. En la actualidad están muy en boga los pucheros de hierro gracias á los cuales se puede cocer sobre el fuego. Los pescados pequeños y los mariscos son cocidos á fuego lento; las huevas se comen crudas ó se empaquetan en cestas dejándolas fermentar. En cuanto á los demás pescados cada uno se come á su manera. Una de las cosas que con más gusto se comen es la grasa de ballena y de foca cuando empieza á entrar en descomposición. Algunas raíces suelen ser mascadas por las mujeres antes de cocerlas. El fuego se obtiene frotando un palo de cedro en un pequeño hueco practicado en un trozo de madera blanda. Sproat cree que estos pueblos antes de fumar tabaco en pipas de extrañas formas (véase el grabado de la pág. 81) fumaron una hierba embriagadora que entre los tschinukes fué la *Bearberry*. Uno de los pasatiempos más agradables y generalizados consiste en mascar resina.

Todos los objetos de más ó menos uso que salen de las artísticas y aplicadas manos de estos hombres ostentan una ornamentación exuberante, siendo en primer término digna de admiración la aplicación de estas gentes, que sin ella y con los imperfectos instrumentos que poseen y sobre todo que poseían antes no hubieran podido producir los importantes trabajos de que son autores. Krause hablando de las mujeres thlinkites dice: «A la escasa luz de la lámpara de aceite de ballena cosen con tendones de animales bellos macasines, fabrican recias redes de cuerda cosidas también con tendones y tejen cestas y sombreros de paja ó de fibras de raíces y esteras de corteza de cedro.» Las mujeres haidahes hilan y tejen cortezas de cedro y el lino silvestre. Los hombres no son menos hábiles en la fabricación de esculturas de madera y de piedra fantásticamente adornadas y pasan años enteros fabricando un arma, una escudilla, una de esas estacas-blasones con especial orgullo estimadas que pintadas con abigarrados colores aparecen delante de las casas ostentando grotescas figuras de hombres y animales que constituyen los signos distintivos de algunas familias. Tan considerable es el número de estas obras simbólicas del primitivo arte que un observador tan poco dado á la exageración como Saint John al encontrarse entre los haidahes de la isla de la Reina Carlota creyóse en presencia de una Nínive ó de una Babilonia primitivas, siendo sumamente extraño que á pesar de haberse entusiasmado los autores del segundo tomo del tercer viaje de Cook con lo que allí vieron hubo de transcurrir todavía un siglo antes de que la ciencia comenzara á ocuparse detenidamente en el estudio de toda esta riqueza de formas y símbolos. A Adolfo Bastián corresponde el gran mérito de haber llamado con la mayor insistencia la atención sobre este tesoro tan necesitado de estudio y á él se debe que el Museo para Etnografía de Berlín contenga la mejor colección de objetos del Noroeste de América.

De esta clase de trabajos de los indígenas sólo mencio-

naremos algunos de los más importantes (véanse los grabados de las págs 85 y 87). Las esculturas de cuerno demuestran el dominio sobre el material más difícil de trabajar, pero las de madera son naturalmente las que ofrecen mayor variedad y demuestran más claramente la rareza del estilo artístico: al par de ellas encontramos la pintura que aumenta el efecto churriguero de este complejo de caricaturas. Abundan entre estas gentes las escudillas de madera en forma de canoas con cabezas de animales. Mas en donde aparecen más espléndidamente reunidas todas las particularidades de la escultura del Noroeste es en las pilstras de las casas que representan figuras semi-humanas semi-animales superpuestas y mordeándose las unas á las otras, no mirándose en estas obras si una figura está asentada sobre la cabeza ni respetándose siempre los límites que separan al hombre de los animales, la realidad de la fantasía. Estos adornos, empero, no se limitan á las estacas que se levantan delante de las chozas y que soportan los aleros de los techos de las mismas sino que se extienden á cuantos objetos de estos objetos artísticos son copias de originales, cabe suponer, dadas las tendencias marcadamente realistas y la perfección naturalista, que alguna vez hayan sido copiados los modelos europeos. También hemos de admitir que estos pueblos saben copiar á la naturaleza como lo demuestran las notables figuras de animales que sirven de juguetes y cuya fidelidad llega algunas veces hasta á los límites de lo científico.

Es digno de notarse que en el Noroeste de América aparece una riqueza de ornamentos que por su tendencia general recuerda la ornamentación neozelandesa. Ora despierte esta semejanza la hipótesis de que esto sea resultado de un antiguo enlace de partes de la población del Pacífico geográficamente opuestas, ora se pretenda ver en ello efectos análogos de análogas causas, el fenómeno resultará siempre interesante. Podemos pasar por alto el hecho de tan sorprendentemente rico y variado desenvolvimiento de la ornamentación porque en muchos puntos de la tierra se nos presenta como algo espontáneo. Si queremos buscar los modelos encontraremos que los de la ornamentación recargada y retorcida de las pipas de piedra labrada (véase el grabado de la pág. 81) y de los ídolos pintados aparecen en Méjico y en la América central á no muy remota distancia, no faltando etapas intermedias entre unos y otros. Pero lo realmente raro es la presencia de verdaderos martillos de hueso con mango representando una cabeza de pájaro que por su forma coinciden con los de Nueva Zelandia y cuyo puño adornado robustece, á pesar de sus variantes, esta semejanza. Otro hecho extraño es la aplicación de las conchas de madreperla para figurar los ojos en las figuras caricaturizadas de madera ó de hueso; aun cuando no son tan artísticamente redondas como las usadas por los maoríes producen en conjunto el mismo efecto. Dentro de esta misma tendencia encontraríamos otros

muchos indicios en la presencia de los utensilios de madera labrada representando formas de animales, especialmente de tortugas y pájaros, y en las abigarradas pinturas de los mismos. En punto á detalles de la ornamentación es digno de notarse en primer término el ojo de grandes proporciones que varias veces hemos llamado parte integrante saliente de aquélla y que casi podemos denominar universal: en los trajes y en las armas, en los utensilios y en los adornos de las cabañas miranos siempre el ojo de una manera repugnante como si una repulsión á un realismo demasiado perfecto pusiera un obstáculo á una imitación fiel del natural. Aquí, lo propio que entre los peruanos y los polinesios, la leyenda universal de la mala mirada parece que quiere buscar un apoyo en la imitación del órgano mismo.

## CAPITULO VI

### LOS PATAGONES (1)

«Andan errantes por las extensas llanuras de la América acompañados de sus mujeres y de sus hijos, siempre á caballo y siempre persiguiendo la caza salvaje... detrás de ellos sólo queda el borde frío y miserable de la tierra.»

COMMERSON.

Antiguos y modernos pueblos de las estepas de la América del Sud. — Los patagones propiamente dichos. — Rasgos corporales. — Adorno y traje. — Armas. — Arco y bolas. — Alimentación. — Los rebaños. — La caza. — Cabañas y tiendas. Industria. — Organización política y militar.

La América del Sud, antes de que en ella penetraran los europeos, contenía en los territorios que se extienden al Sud del trópico una población que bajo muchos conceptos ofrecía caracteres exactamente iguales y que ocupaba todo el país, excepción hecha de las partes montañosas del actual Paraguay y del Brasil meridional, extendiéndose, además, fuera de él en la comarca de los ríos Paraguay y Pilcomayo, Pero su distribución por este territorio distaba mucho de acusar una población densa, como lo prueba el hecho de que los jesuitas Strobl y Cardiel recorrieron en 1746 por espacio de muchas semanas el país del Sud del río Negro sin encontrar alma viviente. Ya entonces las costumbres de estas tribus eran, al parecer, en alto grado nómadas de tal suerte que no es posible señalarles residencias permanentes. Los isleños de la Tierra del Fuego, de las Chonos y de otras islas de las costas meridionales de América tan caracterizados por su sistema de vida especial y por las especiales condiciones de su existencia, á quienes se da el nombre genérico de fuegios, forman un grupo geográfico separado que antiguamente se extendía por la costa meridional de América hasta Chiloe. Los demás que podríamos llamar patagones, en el sentido lato de la palabra, consisten en dos tribus que se diferencian en punto á idioma y estructura corporal y también, aunque en menor

(1) Punto menos que ocioso nos parece consignar que la denominación de *patagones* es completamente desconocida y extraña para los indios: los españoles les dieron este nombre á causa de las grandes huellas que de sus piés contemplaron. Este como todos los grandes grupos de pueblos no tiene nombre genérico; sin embargo, las denominaciones de tehuelches y tsonceas se aplican á grupos muy numerosos. Un patagón que hace algunos años se enseñaba en Alemania nada sabía de los tehuelches y si únicamente de los tsonceas y patagones. Musters deriva la palabra patagones del nombre con que designan á los tehuelches los pamperos, cuyos grupos nortoccidentales se denominan, además, pehuenches.

grado, en lo que se refiere á religión y costumbres, á saber: la de los patagones propiamente dichos y la de los manzaneros habitantes junto á los Andes y descendientes de los araucanos de Chile. Estos últimos, como agricultores que emplean el riego artificial y además como cristianos y semi civilizados, están frente á frente de los otros, los nómadas que pronto estudiaremos como fenómeno etnográfico aparte.

Dentro de las tribus nómadas de las pampas y de la Patagonia hay que establecer diferencias, además de los tehuelches, entre los pehuenches, los puelches y otros grupos que son simples matices variados de los mismos. Los patagones propiamente dichos, excepción hecha de los indios pedestres de la parte oriental de la Tierra del Fuego, es decir de la tribu de los onas, se dividen en dos grandes tribus, la septentrional y la meridional: ambas hablan el mismo idioma aunque con distinto acento, estando los in-

dividuos de la última mejor conformados y siendo por término medio más robustos y mejores cazadores de bolas que los de la primera. El arco y la flecha son armas allí de todo punto desconocidas. Estos pueblos representan el tipo puro de los indios que antes de la introducción del caballo vivían de la caza, de la pesca y de los frutos silvestres de las estepas: aun en la actualidad son en muy corto número los que van montados. A estos tehuelches meridionales que se mantienen en el territorio del Sud del río de Santa Cruz llegando algunos de ellos hasta Punta Arenas, pertenecen los llamados gigantes patagones (véase pág. 18). Desde el Río Negro hasta Chupat se encuentra otra tribu que habla también un idioma distinto y cuyo cuartel general radica en Salinas al Norte del Río Negro: esta tribu llega en sus correrías hasta el Río Santa Cruz y por ende se roza con la llamada tribu meridional, conservándose, al parecer, entre una y otra el recuerdo de una antigua cohesión. Los



Pipa para tabaco esculpida en pizarra, de la isla de la Reina Carlota (Museo para Etnografía, Munich)

individuos de estas tribus se casan entre sí aunque sin abandonar por esto su división en clanes. A esta clase pertenecen también los pehuenches de las estribaciones de los Andes. Constituyen el tercer grupo las tribus montadas más septentrionales que habitan en el Gran Chaco hasta más allá del trópico y que aparecen enlazadas con los dos grupos meridionales sino por su origen por la conquista de los mismos medios de cultura. A otra tribu, en gran parte á la de los guaraníes, pertenecen los indios que más tarde se convirtieron en nómadas montados y á quienes la posesión del caballo permitió difundirse por las pampas para retroceder nuevamente al Norte con instintos y costumbres cada vez más nómadas. El tipo de esta tribu lo constituyen los abipones que ante los ataques procedentes de Salta y de Tucumán emigraron desde el río Yuate, en el Gran Chaco, hacia el Sud dirigiéndose al Paraguay para más tarde encaminarse nuevamente al Norte. Al igual que estos indios lanzados por circunstancias externas á las estepas de la América del Sud y mezclados á menudo con los que procedían del Norte, acusan los indios de las pampas al igual que los manzaneros un origen araucano-chileno aunque modificado por los pehuenches de los antiguos viajeros que admitieron en su seno, tienen de común con los pueblos anteriormente citados el tipo indio normal de regular estatura y se han convertido á consecuencia de las luchas con los argentinos en el pueblo más marcadamente ladrón de esta comarca á cuyas invasiones en el territorio fronterizo argentino puso término el avance de una frontera militar sobre el Río Negro. Su primitiva frontera meridional parece haber sido el Plata. Desde entonces los más de ellos llevan una vida miserable alimentándose de los productos de la caza, de raíces y de bayas.

Como rasgo notable de la estructura corporal de los pueblos sudamericanos propiamente dichos de las estepas, únicamente diremos que entre ellos aparecen algunas tri-

bus de elevada estatura que, sin embargo, no alcanzan las exageradas proporciones que antiguamente se aceptaron como verdaderas. A ellas pertenecen los tehuelches en el Sud y los tobas, los abipones de Dobrizhoffer y otros en el Norte. Ya en la pág. 18 hemos consignado algunas medidas. Con frecuencia en un mismo territorio son los nómadas más corpulentos y vigorosos que los agricultores. Las tribus meridionales ofrecen á menudo un color más oscuro que las septentrionales, lo cual depende probablemente de su género de vida que les expone más á la acción del sol y del aire: el color de las mujeres es más claro que el de los hombres quienes se muestran orgullosos del tinte oscuro de su piel y de las cicatrices que pueblan sus cuerpos. Los individuos raquícos escasean, en cambio abundan los hombres de elevada estatura; los que menos de estos últimos cuentan en su seno son los indios de las pampas, á pesar de lo cual la fuerza muscular de su brazo es á menudo extraordinaria permitiéndoles, á veces, lanzar las pesadas bolas para la caza del avestruz á una distancia de 70 varas. Musters habla también de la excepcional aptitud para las marchas que caracteriza á los tehuelches á quienes vió hacer en este género cosas sorprendentes, con la particularidad de que pueden pasar mucho tiempo sin comer sin gran menoscabo de sus fuerzas.

Estos indios se arrancan la barba, las cejas y las pestañas y en lo posible todo el pelo del cuerpo; antiguamente eran usuales entre ellos las tonsuras y sus mujeres llevaban unos peinados á modo de peinetas dejando completamente calvo el resto de la cabeza. Los cabellos sólo se dejaban sueltos en señal de tristeza. En la actualidad cuidan los hombres mucho de sus hermosas cabelleras y cada mañana se las hacen cepillar por sus mujeres que emplean para ello cepillos de pelos de cerdo ó de oso hormiguero. Los individuos de los dos sexos se tatúan distintos signos según el pueblo á que pertenezcan (así por ejemplo los abipones se